

# R E C E N S I O N E S

EDWARD RICE: *El capitán Richard F. Burton*. Traducción de Miguel Martínez-Lage. Madrid: Ediciones Siruela. 1999, 3ª ed., 588 págs. ISBN 84-7844-463-7.

Richard F. Burton (1821-1890) fue, en esencia, un enamorado de lo exótico, de lo insólito, de lo peligroso, un hombre permanentemente hechizado por escenarios poco frecuentados y por pueblos nada o mínimamente conocidos, un victoriano singular que convirtió su vida en una incesante colección de conocimiento y de experiencia y que dio cumplida cuenta de ello en una amplísima nómina de publicaciones. Pero, curiosamente, este pionero de los estudios etnológicos y gran narrador que es Burton se mostró siempre particularmente celoso de su intimidad y ello explica que escribiera muy pocas páginas acerca de sí mismo y que nunca mostrara interés alguno por escribir el relato explícito de su propia existencia. Como se sabe, esta tarea la emprendió su esposa Isabel Arundell, que publica en 1893 *The Life of Captain Sir Richard F. Burton*, y a esta contribución sigue, tres años más tarde, *The True Life of Capt. Sir Richard F. Burton*, obra de Georgiana Stisted, sobrina del biografiado. En 1897 ve la luz *The Romance of Isabel Burton*, fruto de la colaboración de la esposa del viajero con W. H. Wilkins y más tarde vendrán otras aportaciones entre las que destacan la de Thomas Wright (*The Life of Sir Richard Burton*, Londres, 1906), la de Norman Penzer (*An Annotated Bibliography of Sir Richard Francis Burton*, Londres, 1923) —que, aunque es fundamentalmen-

te un repertorio bibliográfico anotado, contiene abundantes e interesantes materiales sobre la vida del aventurero— y, ya en fechas más recientes, la de Fawn Brodie (*The Devil Drives: A Life of Sir Richard Burton*, N. York, 1967). A esta labor de divulgación y análisis de la vida y la obra de Burton se suma el trabajo de Edward Rice *Captain Sir Richard Francis Burton*, publicado en N. York en 1991 y que ahora llega en traje español.

Rice construye su particular acercamiento a la vida y la interioridad de Burton en 31 apartados. Los cuatro primeros (1. El gitanyo, 2. Inglaterra lúgubre y holli-nosa. Francia asoleada, 3. Entre verduleros y 4. La Gran Partida) reconstruyen su infancia, adolescencia y experiencia universitaria en Oxford. Aquí vemos su rechazo de la vida aburrida y monótona del Trinity College, de la erudición inútil y desfasada que se cultivaba en la Universidad y de la mediocridad que caracterizaba al alumna-do y profesorado. Aquí podemos apreciar ya al Burton inquieto e inconformista, que se interesa por las lenguas y por la cábala, la disciplina esotérica de los judíos del Medioevo y que constituye la más importante influencia intelectual recibida por Burton en la primera parte de su vida. La etapa de siete años (1842-1849) en que estuvo en la India como oficial al servicio de la East India Company —la empresa mercantil que detentaba los derechos exclusivos de explotación comercial en Oriente— se desarrolla en diez apartados (5. El grifón, 6. La esposa de color, 7. Los sacerdotes serpiente, 8. El joven Egipto, 9. Los asesinos, 10.

La corte real, 11. El olor de la muerte, 12. El sendero secreto, 13. La busca de Camoens y 14. La rosa mística). Para Burton la India es maravillosa, excitante, enorme, repleta de un enjambre de pueblos, lenguas y creencias religiosas y nada más llegar lo veremos permanente e insaciablemente interesado por los lugares que visita, por las diversas etnias que los habitan, por el modo de organizarse socialmente, por sus lenguas, por la fauna y la flora, por los paisajes y los aromas, por las enfermedades y el clima. Es aquí cuando empieza su incesante búsqueda del conocimiento secreto mediante el cual aspiraba a desvelar la auténtica fuente de la existencia y el sentido del papel que había de desempeñar en la tierra, búsqueda que lo condujo a investigar las supersticiones, la religiosidad y las costumbres de distintos pueblos. En su estancia en Baroda se introducirá en el hinduismo a través de los brahmines Nagar y del yoga tántrico, luego en el Sind se interesará por el islamismo a través de la secta shií de los ismaelíes y del sufismo. Más tarde descubrirá a Camoens y en Goa rastrea la pista del poeta portugués, cuya personalidad y vida le parecen tan cercanas a la suya. Tras el regreso a Karachi, se acerca a la religión y la literatura de los sijs y continúa su profundización en el sufismo y en el islamismo, que le parece, por sus principios y por sus creencias filosóficas y místicas, la única fe que guía al hombre de modo efectivo y que le permite sortear los peligros de la vida. Este conocimiento escatológico será paralelo al aprendizaje lingüístico, gracias al cual aprende indostaní, gujarati, sánscrito, marathi, sindhi, punjabí, pushtu, persa, telegu y árabe. De este interés, de esta búsqueda y de sus resultados da cuenta en sus escritos que se convierten en una fuente antropológica y biológica de primer orden. Estos siete años en la India constituirán el periodo de formación de Burton y por ello estos años tienen para

Rice un especial interés que se refleja en el amplio tratamiento que reciben.

La etapa de inactividad y de restablecimiento que siguió a su regreso de la India y su encuentro con Isabel Arundell, de escaso interés, lo trata Rice brevemente (15. Daisy) y da paso a las grandes aventuras y empresas que Burton realiza en el periodo que va de 1853 a 1859 y que se abre con la peligrosa expedición a La Meca (16. El camino a La Meca, 17. La tumba del Profeta y 18. La ciudad sagrada), que lleva a cabo apoyado por la Royal Geographic Society y que emprende para estudiar a fondo la vida espiritual del musulmán y para conocer el interior de Arabia, en aquellos momentos totalmente desconocido para los países occidentales. Esta expedición, que hará crecer notablemente la popularidad de Burton, constituirá un reto especial en el que volverá a utilizar el mismo procedimiento de inmersión cultural íntegra, que ya había ensayado con anterioridad en el Sind. A mediados de 1854 lo vemos de nuevo en otra expedición, esta vez en Somalia, en el transcurso de la cual visita la ciudad de Harar, en la que jamás había entrado un europeo (19. Ciudad de pérfida fama), expediciones que no obtuvieron el reconocimiento oficial esperado, algo que decepcionó a Burton profundamente y que intentaría olvidar intentando tener algo de protagonismo en la guerra de Crimea (20. Cabezas podridas). A ello sigue la búsqueda de las fuentes del Nilo, la empresa más peligrosa, difícil y trágica de la vida de Burton (21. El gran safari). Sus experiencias anteriores en el Sind, en Arabia y en Somalia serán insignificantes comparadas con la gran aventura que lleva a cabo en el interior de África, en la que invirtió dos años y medio —de octubre de 1856 a mayo de 1859— y en la que tendrá que luchar permanentemente contra la hostilidad de las distintas tribus que encuentra en su camino, contra las deserciones y motines de los

miembros de la expedición, contra la escasez de recursos y contra la fiebre, la prostración y otras afecciones típicas de los trópicos. Se trataba de la primera tentativa seria de descubrir las fuentes del Nilo y constituía una empresa exploradora de primer orden porque del África central apenas se tenían referencias desde los tiempos de Ptolomeo y sus misterios estaban aún envueltos en toda suerte de mitos y leyendas y porque permitiría, también, comprobar los recursos existentes en la región y sus posibilidades de aprovechamiento. Después de unos meses de preparación en Zanzibar, la expedición partió de la costa continental a finales de junio de 1857 y el 14 de febrero de 1858 se avistó el Lago Tanganika, pero no se pudo probar que de este lago nacía el Nilo, posición que a Burton defendía. Las complicaciones no vendrían solamente de la mano de las enfermedades tropicales y de los nativos, sino también de John Hanning Speke, que seguía a Burton, en el mando de la empresa y que le iba a amargar el resultado de la misma. En el viaje de vuelta a la costa Speke se separó de la expedición para verificar las noticias de la existencia de otro lago hacia el norte. Se trataba del Victoria Nyanza, que Speke consideraba —aunque sin pruebas fehacientes y guiándose solamente de la intuición— que era el verdadero origen del gran río de Egipto. A partir de entonces, movido por la ambición y por el ansia de reconocimiento, Speke haría todo lo posible para mostrar que los resultados de la expedición se debían a su actuación y que el descubrimiento le correspondía únicamente a él. Ello hizo que a Burton se le dejara al margen de una segunda expedición al lago Victoria, encargada por la Royal Geographic Society a Speke (23. El Lago Victoria) y tanto los amigos de éste como los enemigos de Burton se unieron en una campaña de vituperios, de ataques y descalificaciones, que hizo que sufriera en la ci-

vilizada Inglaterra un safari mucho más arduo y penoso que el que había llevado a cabo en el trópico africano. Frustrado, encolerizado, rechazado y deprimido por todos estos acontecimientos, Burton decidió poner tierra por medio y huir hacia otro ambiente: los Estados Unidos, un escenario bien distinto de los que hasta ahora habían atraído su atención (22. *Mi rey y mi Dios en esta tierra*). Norteamérica no era África ni Arabia, ni era entonces una tierra exótica para los ingleses pero Burton cruzará el océano para interesarse de modo especial por los mormones que se habían asentado en Salt Lake City. El mismo año de su aventura americana, en 1860, verá a la luz sus trabajos de la expedición del África central, en los que muestra una vez más —como ya lo hiciera en sus trabajos sobre la India, Arabia y Somalia— su capacidad de penetración en el alma de las tribus indígenas, su habilidad para dar cuenta de los detalles, su curiosidad para tomar nota de todo cuanto le pareció significativo de la vida africana en las aldeas con una exactitud sin parangón, no pasando por alto ni un solo dato de la estructura social, las costumbres, las creencias y rituales, la esclavitud y, por supuesto, las lenguas.

Tras esta etapa caracterizada por las grandes expediciones se abre otra nueva de veintinueve años —que Rice resume en ocho apartados— y que se inicia en 1861 con el nombramiento de Burton como cónsul en Fernando Poo (24. *Santa Isabel*, 25. *Noches nefastas*), que en aquellos momentos no era más que una tumba, permanentemente asediada por la fiebre amarilla, la soledad y la desesperación. Era así como el Foreign Office premiaba los excepcionales servicios que Burton había prestado a la Corona a lo largo de diecinueve años y que se habían traducido en numerosos viajes, expediciones, publicaciones e informes secretos que habían puesto en conocimiento del gobierno británico amplias regiones

de África y de Asia. En Fernando Poo pasará tres años en los que continuará con sus exploraciones. Será el primero en subir las montañas del Camerún, ascenderá el río Congo hasta las cataratas de Yelala, visitará Lagos, Gabón, Benín y Dahomey. En sus escritos de esta etapa habla de la esclavitud —que siempre rechazará— así como del fetichismo y de la poligamia, aspectos que analiza desde una posición puramente antropológica. Luego será destinado a Santos (26. Brasil), donde pasará otros cuatro años, el periodo menos productivo de su carrera —que Rice despacha consecuentemente en un solo capítulo de escasas páginas— y en el que su salud se resiente apreciablemente. Esta vez lo acompaña su esposa, pero Burton mostrará que es un ave inquieta que tiene una especial dificultad para encontrar un nido cómodo. En Brasil trabaja en su traducción de Camones y en otros proyectos literarios, dedicando mucho tiempo a las exploraciones arqueológicas y, además de conocer el país, viajará a Montevideo, Buenos Aires, la Pampa argentina y cruzará los Andes, llegando hasta Lima. Vuelve otra vez a Oriente en octubre de 1869, al ser destinado a Damasco (27. El emperador y la emperatriz de Damasco), un consulado de singular dificultad en el que era tan seguro el fracaso como improbable el éxito. Siria, con su antigüedad y su riqueza de culturas, fue de un gran interés para Burton, que registró diversas bibliotecas e hizo múltiples exploraciones por el desierto, rellenando los huecos de la cartografía, localizando las ruinas y los yacimientos arqueológicos y catalogando las columnas e inscripciones que encontraba. Pero Damasco era un auténtico mosaico de razas y credos, en el que no faltaba ninguna de las numerosas ramas del Islam, había cinco clases distintas de judíos y catorce confesiones cristianas, lo que hacía inevitable que se produjeran frecuentes estallidos de violencia y enfrentamientos. La pre-

sencia de Burton fue objeto de numerosas maquinaciones entre bambalinas y sus decisiones —aunque actuó en todo momento de forma honesta y justa— irritaron a los turcos, a los misioneros protestantes, a los obispos ortodoxos griegos y a los obispos católicos, a las diversas sectas musulmanas, a los prestamistas judíos y a su propio gobierno, que por sus intereses en la zona no dudará en sustituirlo de manera rápida. Luego se abre el largo periodo de dieciocho años —de finales de 1872 hasta octubre de 1890— en que Burton ocupa el consulado de Trieste (28. Trieste, tristeza, 29. *Las Mil y Una Noches*, y 30. Jardines perfumados). Burton era en aquellos momentos el mejor estudioso de árabe así como un lingüista inigualable dentro de su generación y ello convalida su nombramiento para aquel puerto del Adriático en algo incomprensible al sentido común pero perfectamente entendible desde la lógica particular de la actuación política, en la que los valores de la honradez y la justicia están ausentes. Por ello, Trieste será para Burton un destierro en el que se sentirá exiliado como Ovidio. Cuando toma posesión de este consulado tiene cincuenta y un años y su deterioro físico comenzará a hacerse patente, pero no parará de viajar y de trabajar. Viaja a Venecia, Francia, Roma, los Alpes, revisa la traducción del *Kama Sutra* que había hecho Arbuthnot, transformando ampliamente el original, vuelve a la India para explorar las minas de diamantes de Golconda, luego vendrá la exploración de las minas de oro de Midian y también se desplazará a la Costa de Oro —expediciones con las que infructuosamente intentó poner fin a sus estrecheces económicas— y concluye diversos proyectos literarios, entre los que destaca su magnífica edición de *Arabian Nights*. En estos años apenas quedó lugar de Europa que no visitara, viajes que se ampliaron a distintos lugares del norte de África y que combina con una intensa dedicación a sus diversas

investigaciones y trabajos, como se desprende de las once mesas de trabajo —una para cada proyecto— que tenía en su *palazzo* de Trieste. A todo ello pone punto final la muerte, que se produce el 20 de octubre de 1890.

En el epílogo, el fuego sale otra vez a escena. En 1861, en fechas previas a su partida para Fernando Poo, un incendio había devorado todos los cuadernos, anotaciones y materiales que Burton guardaba en un almacén de Londres y que procedían de todas sus aventuras y experiencias anteriores: la memoria física de los años pasados en el Sind, en el Punjab, en Egipto, en el desierto de Arabia, en el Cuerno de África. Ahora, tras su muerte, el fuego vuelve a tener un triste protagonismo porque su esposa somete los escritos y documentos del aventurero a una estricta depuración y, en este enfrentamiento, la piromanía fanática de Isabel podrá más que la retina y los oídos de Burton y ello lamentablemente nos privará de páginas de un interés especial (31. La quema de la viuda). Siempre se ha dicho —señala Rice— que los materiales quemados estaban repletos de informaciones de índole sexual en las que Burton daba cuenta de sus propias experiencias o describía distintas prácticas que pudo observar o que llegaron a su conocimiento y es posible que en efecto existiera tal material, porque estos aspectos, junto a otros de índole antropológica, interesaban particularmente a Burton, pero también —dado que gran parte de la información de naturaleza sexual ya se había introducido tanto en la edición de *Las mil y una noches* y de otras obras de índole erótica— era más que probable que en aquellas páginas figuraran también informaciones comprometedoras para el gobierno y para personalidades influyentes del momento, sobre todo relacionadas con la administración colonial y con los intereses expansionistas británicos en determinadas regiones. Burton se había visto implicado en diversos episodios de la Gran Partida, había tomado

parte en diversas misiones secretas y sabía mucho de la corrupción de la administración colonial inglesa, de las maniobras de su gobierno por aumentar su influencia en Oriente, de los errores cometidos por el Foreign Office, e incluso de las andanzas y milagros de ciertos amigos personales. Por ello era más que probable —concluye Rice— que en aquellos diarios y apuntes destruidos hubiese material de naturaleza comprometedor, que Isabel consideraba sumamente pernicioso para la memoria de su esposo, mucho más que los relatos de sus seducciones en las aldeas de Sind o de África o que sus descripciones de burdeles, lupanares y harenes.

En su obra, Rice tiene en cuenta las aportaciones biográficas anteriores, pero incorpora nuevas perspectivas y presenta materiales que aseguran la calidad de su contribución. Rice entiende certeramente que la fuente primaria de cualquier estudio sobre la vida de Burton es, naturalmente, el propio Burton y encuentra a lo largo de toda su producción abundantísima información de interés biográfico enterrada donde menos se espera. Junto a esto incorpora información que procede de otras fuentes, como es el caso de la expedición al lago Victoria, donde incorpora datos de John Hanning Speke. Otro hecho que enriquece y que le da un valor especial al análisis de Rice es que visita y conoce de cerca los ambientes en los que se desarrolló Burton y por ello no duda en viajar a Karachi, a Baroda, a Somalia, a Arabia y a otros lugares, para intentar acercarse todo lo posible a su biografiado. Asimismo, otro de los factores que tienen mucho que ver en la amenidad de la obra de Rice es la espléndida contextualización que se hace de los diversos asuntos y episodios descritos. De la mano de Rice, el lector se introduce de modo ameno y con apreciable rigor en los entresijos de los hechos históricos y políticos, de los valores culturales y de los com-

portamientos sociales de cada momento y de cada lugar y remata con éxito el relato y la presentación que Burton hace de los mismos. Pero donde Rice incide de forma particular es en la propia figura de Burton, presentándolo en todo momento como lo que fue, un romántico que nunca se sintió verdaderamente libre en su país sino lejos de él, un rebelde que la sociedad victoriana —tercamente de espaldas a la generosidad y la sinceridad— relegó y marginó porque no refrenaba su lengua, por sus páginas llenas de referencias eróticas y de costumbres

bárbaras, por su extraña manía de querer meterse en la piel de los pueblos que conocía y por intentar comprenderlos sin ideas preconcebidas y sin la coraza de la superioridad. Y aquí tenemos, precisamente, la gran dimensión de Burton y lo que lo diferencia de muchos exploradores y aventureros de su época. Esto es lo que hace que sus publicaciones sean piezas fundamentales de la literatura antropológica y de los relatos de viajes.

*Francisco Javier Castillo*